

DE LA LEYENDA NEGRA AL CULTO ARTIGUISTA

MARCHA

2ª SECCION — 24 PAGINAS — AÑO XII — 23 DE JUNIO DE 1950 — N° 532

CUANDO Artigas se retiró del Río de la Plata en el que dejó triunfante el ideal de la organización republicana y de la soberanía particular de los pueblos, dominaban en el escenario de sus luchas las palabras estridentes del panfleto de Pedro Feliciano Cavia, "El Protector nominal de los Pueblos Libres".

Vencedor en el terreno ideológico, Artigas vió eclipsar su hegemonía política ante el reclamo de sus tenientes que con las provincias que acaudillaban, se creyeron en un grado de madurez reñido con el Protectorado, al tiempo que los últimos hechos de armas en la resistencia contra la invasión portuguesa, señalaban el ocaso del poderío militar del jefe de los orientales.

Desde ese momento, todos aquellos motivos de pasión personal y colectiva que la lucha había engendrado, servían para nutrir los juicios de la "leyenda negra antiartiguista". La clase culta del Río de la Plata que, salvo excepciones, entró a la revolución de 1810 sin sospechar las alteraciones del orden social que ella traería, así como los otros ricos hacendados de la campaña oriental que auspiciaron la gran protesta rural de 1811, a la que Artigas dió un contenido ideológico contrario a sus intereses, no perdonarían por largo tiempo al "caudillo tumultuario", que al declarar a estos pueblos "en el goce de sus derechos primitivos" los iniciara en la verdadera revolución, cuyas inevitables manifestaciones anárquicas fueron desde entonces señaladas como sello característico de lo que se dió en llamar "los tiempos de Artigas".

La brusca irrupción de las multitudes en la vida pública, mediante los renovados ensayos de Artigas para arraigar el sistema representativo; la aplicación efectiva del principio de la igualdad entre los hombres; la aparición de los caudillos, fruto natural de una revolución que al exaltar los valores humanos no podía sustraerse al influjo de las individualidades poderosas, así como los quebrantos materiales inherentes a una tan radical mudanza, fueron otros tantos motivos de que se valieron los "hombres del orden" para deformar los verdaderos rasgos de una época que la crónica de los documentos palaciegos que se empeñó en describir con tintes sombríos.

"Mis paisanos no saben leer", había respondido Artigas a un viajero que le preguntó acerca de si contestaría la tremenda requisitoria de Cavia con que el Gobierno de Pueyrredón se propuso infructuosamente crear una pasión colectiva contra su persona. En el ejercicio de su infatigable docencia política, Artigas, que había adoctrinado a los pueblos con hechos, no contó con el auxilio invalorable de la imprenta de que sirvieron sus adversarios, sino para quebrantar su influencia entre las multitudes del litoral "que no sabían leer", para envenenar las fuentes de la historia que habían de escribir los letrados o para satisfacer la avidez de los incautos viajeros que excepcionalmente penetraban más allá de las ciudades donde el antiartiguismo tuvo su baluarte.

En los documentos oficiales de Montevideo, caracterizados desde 1817 por un tono cortesano de que estuvo por cierto exenta la literatura artiguista, comenzó a hablarse de la "tiranía doméstica" que habían soportado estos pueblos durante el periodo de la Patria Vieja. En 1822 un núcleo de dirigentes de Montevideo, aprovechando la coyuntura que se creyó ofrecería la independencia del Brasil para que la Provincia Oriental pusiese término a la dominación portuguesa, salió de la penumbra de las logias para lanzarse en busca de la libertad. Los partidarios de la anexión al Imperio, empeñados en que no se viviese la llama revolucionaria de otros tiempos, se propusieron demostrar cuán funesta había sido esa libertad, a la que con intención difamatoria asociaban el nombre de Artigas. Para desnaturalizar los hechos y el carácter de la revolución oriental usaron de todos los recursos que les prestaba la dialéctica. Haciéndose intérpretes de sentimientos que atribuían a hombres del pueblo, circularon entre otros impresos el "Cielito" de un "blandengue retirado" cuyas lamentaciones decían:

"Sarratea me hizo cabo
Con Artigas juí Sargento,
El uno me dió cien palos
Y el otro me arrimó
[ciento]."

"Cielito, cielo que sí
Cielito del corazón
Para no pagarme sueldo
Era guena la ración".

"A Blasito hei conocido
Y también á Encarnación
Que eran Fejes alentados
Para una degollación", etc

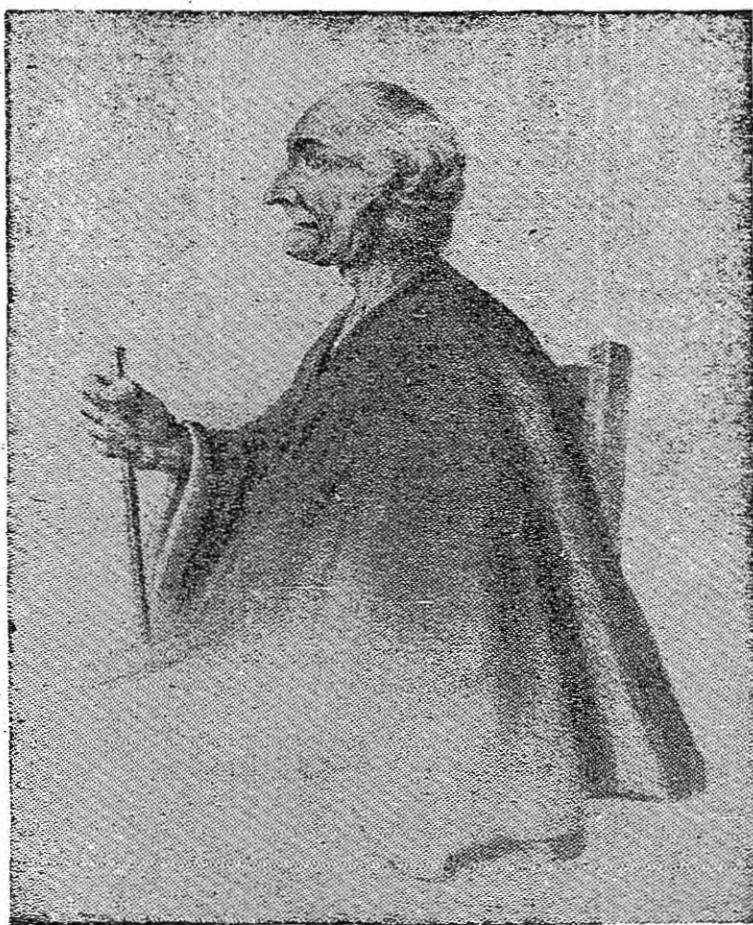
Igualmente distantes de lo más esencial del pensamiento artiguista estaban en 1822 y 1823 los "Caballeros Orientales" y los que junto a

Lecor formaron parte de la "logia imperial" de Canelones. Mientras estos últimos esparcían por los campos "cielitos" difamatorios y expresaban que la Provincia Oriental "nunca había sido menos feliz que en la época de su desgraciada independencia", Santiago Vázquez publicaba en uno de los periódicos que desde Montevideo alentaban la revolución, un ensayo interpretativo de los sucesos de 1811 en el que presentaba a Artigas con tintas que decoraban al personaje con sinistra grandeza.

Se refiere el cronista a los acontecimientos originados por el tratado de pacificación del 20 de octubre de 1811 y expresa a propósito del Regimiento de Blandengues: "José Artigas, coronel de aquel regimiento, jefe de las milicias, héroe de la brillante jornada de las piedras, oriental entusiasta, declarado protector de la emigración, se consideraba generalmente como el asilo de la esperanza, y el gobierno de Buenos Aires, le dió un título de legitimidad que él se había resuelto a no necesitar. Mientras cada patriota luchando con el infortunio dirigía la ansiosa vista hacia el jefe de los orientales, como el naufrago a la tabla, mientras sus virtudes y crédito parecían un garante seguro de la confianza pública, Artigas fraguaba en su imaginación ardiente los rayos que habían de lanzarse desde las inmediaciones del Río Negro y encender el fuego destructor que iba a asolar la desgraciada Banda Oriental".

"Desde aquella época fatal, agrega Vázquez, fué que el caudillo se propuso sacar provecho del conflicto de los orientales, para asentar no los sólidos cimientos que la fortuna pródiga le presentaba para el edificio de su elevación, no para organizar una fuerza precursora de la libertad de la provincia, no para servir de columna a la administración de la capital que amenaza con su ruina la de la causa pública, sino para desmoralizar a la multitud, romper todos los vínculos sociales, destruir las fortunas, atacar todos los principios de la civilización, autorizar todos los crímenes y hacerse dueño de los hombres rebajándolos, hasta el último grado de la corrupción y la ignorancia; bajo y tímido por la conciencia de su pequeñez para elevarse al primer rango en el sistema de las luces, quiso apartarles de ella, humillarlos, separarlos del resto del universo para que distantes de la esfera de la sociabilidad perteneciesen a un círculo exclusivamente suyo: destrucción de propiedades protección de toda licencia eran los ejes de esta máquina maravillosa que parece exceder los límites de la naturaleza".

Narra luego el episodio de la emigración de 1811 hasta entonces no recogido en crónica alguna, al que presenta como resultado del terror con que los satélites de Artigas presionaron a los pobladores de la Banda Oriental. "Artigas, en medio de los blandengues y de los patriotas más ardientes o menos embarazados supo elegir con perspicacia a los que acaso dotados de un corazón sencillo, eran más capaces de llevar al extremo el fanatismo político y cometer toda clase de excesos por el bien de la Patria y a los que de mucho tiempo estaban embriagados en la corrupción y enfurecidos en el crimen, y, oído de todos como un oráculo, nombró sus precursores o visires y los derramó en todas direcciones con escogidas escoltas a dar cumplimiento a sus feroces instrucciones". Fué entonces, según la crónica apasionada de Vázquez, que Artigas se dirigió a sus tenientes para expresarles en su idioma: "Id, convidad á los pueblos a que me sigan auxiliad a la emigración, y haced todo el mal posible a los que no quieren adoptarla: traed cuanto podais, y acabad todo el mal posible, y acabad el resto; talad, destruid, quemad, porque cuanto queda atras de mí es enemigo, es decir, no so-



Reproducción del dibujo de Alfredo Demersay litografiado en París en 1865 por Sauvageot

De la Leyenda Negra al Culto...

(Viene de la pág. ...)

lo los hombres, sino los ancianos, los niños, las mugeres, las haciendas, las casas y hasta los pastos y las aguas, todo es vuestro y la patria fugitiva os manda gozarlo, ó destruirlo". "Tal fué el decreto de exterminio que tantas lágrimas y sangre y luto ha costado a la Banda Oriental; como los lobos ó tigres hambrientos á la vista de la presa así se lanzaron aquellos caudillos sobre los pueblos y campañas; la violencia, el robo, la muerte los acompañaba, la sangre, la desolación y el terror marcaban sus pisadas, así al volver ellos de su comisión, Artigas se vió rodeado de diez mil almas".

"Artigas", "el viejo de la montaña" "se vió rodeado de diez mil almas", dice el apasionado cronista del Exodo quien, no obstante la deformación de los hechos en que incurre, aporta en la propia pasión que sella sus palabras, rasgos y detalles que permiten restaurar la pristina grandeza del episodio.

Al linaje de estos escritores públicos pertenecían también los letrados de la época que cuando redactaban alegatos, para dar fuerza a sus razones decían de la pasada historia de esta tierra que ninguna había "sido más penosa, ni mas triste, ni mas acerba ni llena de sobresaltos que aquella en que los prosélitos de Artigas armados de teas y puñales paseaban el terror y la muerte de un extremo a otro de la campaña".

El quietismo alcanzado por los pacificadores fué roto por los cruzados de 1825 con la insurrección de la campaña oriental que vino a restaurar la libertad fundada por Artigas. Sin embargo de la clara raíz artiguista del movimiento, sus jefes silenciaron prudentemen-

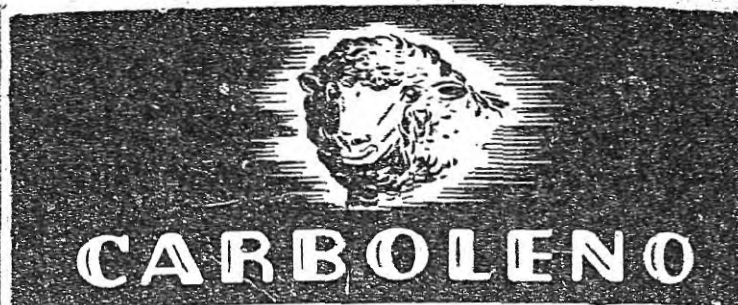
te en los documentos públicos el nombre de aquel caudillo para no alarmar a los dirigentes de Buenos Aires temerosos de que la "patria-da" lavallejista reavivase la llama no extinguida de los ideales autonomistas. Los personajes que habían tenido señalada actuación en el período de la Patria Vieja, unos, andaban errantes como Monterroso; otros como Miguel Barreiro viviendo en la soledad, y en tanto que a Otorqués no se le llegó a incorporar a las filas libertadoras, se dió en ellas un lugar menos que secundario, al bravo Andrés Latorre. La consigna de la hora fué, si no desterrar en lo íntimo el recuerdo de una época, evitar que se encendiera la lucha en torno a un nombre que encarnaba tantas rebelías, cuando era necesario el concurso de quienes lo habían combatido, y abrigan aun contra él indisimulada adversión. De esa animosidad volvió a hacerse eco precisamente en estos momentos Don Antonio Díaz, quien al recordar el pasado de la Provincia Oriental, afirmó en la prensa de Buenos Aires que había sido gobernada por "un caudillo inepto, sin mas sentimientos que el de la ambición".

En plena campaña libertadora contra el Brasil mientras algún jefe oriental anima las ruedas del vivac hablando "sobre los tiempos desastrosos de Artigas", según el testimonio de Brito del Pino, Carlos de Alvear, avanzada del unitarismo que revivía en estos momentos las prácticas del Directorio, advertía a Lavalleja que su gobierno estaría alerta, "en precaución de los síntomas que prepararon la anarquía desde el año 12 bajo el caudillo Artigas, y que trajeron una cadena de desgracias no solo para la

Banda Oriental sino para la Nación entera". Siempre presentes en la idea de estos hombres el personaje y su época para exhibirlos sistemáticamente como expresiones de la arbitrariedad personal y como la etapa más desdichada de la vida de estos pueblos. Del mismo recurso se valieron en 1827 los componentes de una asamblea que aprobó en la Provincia Oriental la constitución unitaria, quienes, en trance de justificar su actitud, se dirigieron a la opinión para recordarle que habíamos sido "el escándalo de los pueblos" y que la anarquía nos había "hecho gemir bajo el yugo de la tiranía doméstica".

En la asamblea constituyente argentina de 1826, al discutirse la forma de gobierno que debían adoptar las Provincias Unidas, resonó también con frecuencia el nombre de Artigas. Unas veces por la voluntad de quienes recordaron su ensayo federalista para combatir el sistema; otras traído al debate por los defensores de la idea federal para sostener con Gorriti que Artigas "no entendía lo que ella quería decir" o para expresar por la palabra de Cavia que si los pueblos no habían adherido a aquel sistema, fué por "que se vió en boca de ese hombre tan triste".

En esta ocasión Santiago Vázquez retrotrajo una vez más sus reflexiones a los sucesos del pasado, recordando con espíritu más comprensivo el hecho social que había sido la emigración de los orientales en 1811. "En esa época, dice un caudillo quedó encargado de prepararles una esperanza: todos los que están en actitud de marchar fuera de la provincia y, todos los que, aunque hubiesen de pasar por encima de grandes obstáculos,



ANTILOMBRICIDA Y SAGUAIPICIDA

J. B. Y R. A. VIDOVIICH. — Eduardo Acevedo 1529 y 31 (entre Mercedes y Uruguay)

tenían bastante alma y firmeza para hacerlo, siguieron la dirección del caudillo primero entre los anarquistas: ya se ve de qué prestigio iba cercado y como la angustia de los que emigraban, pesaba sobre el gobierno, su desgracia y las que arrastraba; jera el hombre de la época". Pero el mismo Vázquez agrega a continuación que después del abandono de Montevideo por las fuerzas de Buenos Aires, en 1815, los habitantes de la Provincia Oriental "se vieron entregados cruelmente a las garras del caudillo".

"¿No se sabe —dice— que era dueño de todo, y puede decirse que hasta de los pensamientos?"

Mientras Dorrego, que atribuyó en el seno de la misma asamblea, la usurpación de la Provincia Oriental a un tratado celebrado con el pretexto "de acabar con la anarquía de Artigas", negaba que éste hubiera sido el promotor del movimiento federalista para él surgido en Córdoba, otros como Silvestre Blanco declaraban haber recogido la versión de que la idea federal le había sido sugerida a Artigas "por algunos individuos", "para cohonestar ideas particulares a su fortuna o engrandecimiento". "El Sr. Artigas no siguió el sistema de federación, sino el de la anarquía y el desorden", afirmó a su vez el Dr. Mateo Vidal, uno de los diputados orientales de 1813...

A través de las referencias acerca del hombre y de su tiempo vertidas en estos debates o de las expresiones contenidas en los escritos públicos y privados de la época, surge como una realidad la atracción poderosa del nombre de Artigas después de su alejamiento del escenario del Río de la Plata. En los precisos momentos en que algunos le suponían muerto, cuando ya comenzaba a ser un personaje de leyenda, Artigas revive en el anhelo autonomista de los pueblos, en el espíritu de los pactos interprovinciales y aun en las acusaciones de sus propios detractores. Estos bajo la influencia de los intereses inmediatos atendían tan solo a lo superficial, a lo externo del movimiento artiguista para reparar únicamente en sus manifestaciones anárquicas, sin llegar a penetrar en la esencia y menos aun en las proyecciones de aquel fenómeno que solo la perspectiva

histórica vendría a clarificar.

Para los doctores que al ser reconocida la independencia del país en 1828 aspiraron a regir sus destinos, el artiguismo tenía, además, vigencia a través de una de sus secuelas más discutidas: el caudillismo. En aquel momento Lavalleja y Rivera personificaban esa forma de expresión de la voluntad popular, la única que permitía el grado de cultura política del país. La Asamblea Constituyente de 1830, en cuyas determinaciones iniciales predominó el espíritu de la reacción antiartiguista, confió el gobierno del nuevo Estado a Rondeau antes que depositarlo en las manos de aquellos caudillos. El mismo cuerpo al adoptar los colores para los símbolos nacionales desechó los que la tradición oriental identificaba con la resistencia contra Portugal y la campaña del Brasil, en las que los representantes de la ciudad no habían tenido parte. No obstante esta táctica que pretendía desconocer la realidad, los caudillos quedaron dominando la escena política para promover los hechos que forman nuestra historia, en tanto que los que aspiraban a interpretar aquellos acontecimientos más cercanos se mostraron iracundos o reacios para juzgar a Artigas el "inventor del sistema", en torno a quien se había formado ya y se acrecería aun la "leyenda negra" sobre la que ahora vamos en esta oportunidad más abundantes transcripciones.

La reiterada frecuencia de esas opiniones condenatorias no impidió que se alzaran algunas voces, las primeras, en demanda de justicia. La del Pbro. Manuel Barreiro, quien en las páginas sobre las campañas militares de Artigas llamó a éste "el anciano de la libertad", afirmando que "la calumnia y el error se habían cebado en esa desgracia, como siempre acontece, persiguiéndola hasta en su último asilo"; la de su hermano Miguel Barreiro, invariable en su fe artiguista, para reclamar en su banca de Senador que fueran recompensados antes que los adivinados, los servidores de la calumniada Patria Vieja, o para recordar, como un título de honor para esa época, que una vez desaparecido Artigas, por espacio de diez años, se había tolerado en el país el tráfico de esclavos.

CASTELLANOS, JUNG y Cía.

CORREDORES

BOLSA y CAMBIOS

25 DE MAYO 481 — Teléfonos: 87931 - 88307

T. T. 41 — Montevideo

CASTELLANOS, JUNG & Co. INC.

Tel. Whitehall 3.1156

50 Broad Street, — New York

Corresponsales en Londres, Zurich, Amsterdam, Río de

Janeiro, Santiago, etc.

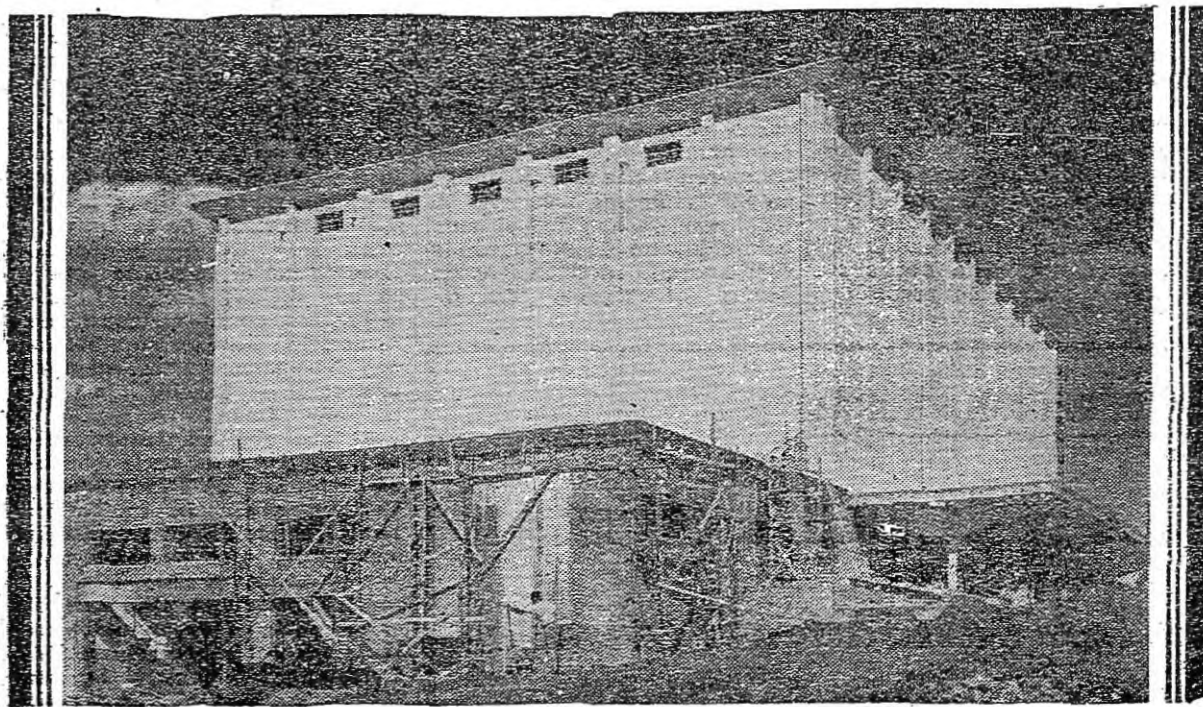
CORFRISA

CORPORACION FRIGORIFICA DEL URUGUAY S. A.



19 DE JUNIO 1764 - 1950

CON NUESTRO HOMENAJE AL PROCER Y FUNDADOR DE NUESTRA NACIONALIDAD, D. JOSE ARTIGAS, Y PROXIMOS YA A INICIAR NUESTRAS ACTIVIDADES, RATIFICAMOS NUESTRA DECISION INQUEBRANTABLE DE SERVIR AMPLIAMENTE A LA ECONOMIA Y PRODUCCION DEL PAIS, CON ESTA OBRA QUE HA SIDO REALIZADA CON TECNICOS, OBREROS Y CAPITALES NETAMENTE URUGUAYOS, HONRANDO ASI A QUIEN NOS DIO PATRIA Y UN IDEAL DE SUPERACION NACIONAL.



• Perspectiva de nuestra primera Planta Frigorífica, ubicada en la ciudad de Las Piedras, frente a la Carretera Nacional, Kilómetro 22, con una capacidad de congelación de carne de 1000 toneladas mensuales y 400,000 cajones de frutas, h. huevos, verduras, etc.

C O R F R I S A

CORPORACION FRIGORIFICA DEL URUGUAY S. A.

CAPITAL AUTORIZADO: \$ 6.000.000.00

ADM. RINCON 468 - MONTEVIDEO

vos. Estos primeros asomos de interpretación justificara se tradujeron en la iniciativa recogida por la prensa en 1832 en el sentido de obtener el regreso de Artigas a su país, intento frustrado que dió lugar a que se dijera del caudillo que había sido "uno de los Campeones de la independencia y aunque no sea más que por esta circunstancia uno de los hombres más beneméritos de la revolución". Revolución cuya historia deformada ya en las noticias y crónicas de los viajeros, se propuso poner en claro con respecto a Artigas quien fuera su secretario, el fraile José G. Monterroso. En 1835 a la vez que reclamaba para el artiguismo la paternidad de ciertas concepciones políticas, Monterroso pedía a Miguel Barreiro los papeles e informes necesarios para escribir sobre los años iniciales de la Patria Vieja. La hora de la reparación se hallaba todavía muy distante. Por eso es que "El Universal" podía decir todavía impunemente en 1835 que Artigas era un "desgraciado que ha 20 años desaparecido de la escena de este país". Es que, a diferencia de aquellos cuya gravitación pública cesa con la muerte física o con el alejamiento de la escena, Artigas, cautivo de Francia, seguía siendo un personaje militante, un hombre-idea. Lo era tanto para el Dictador que en el Paraguay lo tenía a buen recaudo, como para los habitantes del Río de la Plata donde su nombre seguiría concitando la pasión de sus contemporáneos o el justificado interés de los románticos de la nueva generación que al asomarse al campo de la historia experimentaron también la extraña sugestión de su figura.

Juan E. Pivel Devoto